

ALGUNAS REFLEXIONES PERSONALES SOBRE EL SIMPOSIO «VISIGODOS Y OMEYAS»¹

AGUSTÍN AZKARATE GARAI OLAUN. Universidad del País Vasco

GISELA RIPOLL. Universitat de Barcelona

JUAN ANTONIO SOUTO. Universidad Complutense de Madrid

La llegada de unos pocos godos a la romana Hispania supuso para la historia de la investigación la piedra angular sobre la que, con el tiempo, se fueron articulando unos signos de identidad no exentos de apriorismos de marcado carácter ideológico.

En este contexto, la identificación de una serie de manifestaciones técnicas y artísticas como algo característico del periodo hispanogodo ha constituido una de las creaciones historiográficas más sólidamente consensuadas en los últimos decenios. Nuevas investigaciones, sin embargo, han puesto en entredicho este consenso con propuestas alternativas explicitadas por investigadores como Ferreira de Almeida, María Cruz Villalón, Manuel Luis Real y, fundamentalmente, Luis Caballero Zoreda.

Aunque recientes, los nuevos puntos de vista tienen ya algunos años sin que, aparentemente, hayan recibido la atención que sin duda se merecen. El soterramiento, falta de respuestas, diálogo y reflexión abierta durante toda la década de los noventa ha llevado a Luis Caballero -con la colaboración de Pedro Mateos y el Consorcio de la Ciudad Monumental de Mérida- a convocar una reunión de especialistas en esta sede emeritense.

Después de tres intensos días de Simposium, se constata -como primera evidencia concluyente- que el debate sobre esta cuestión es ineludible y profundamente enriquecedor y que sólo el examen público de los diversos puntos de vista permitirá avanzar en el conocimiento de nuestro pasado. Ignorar o minimizar el alcance de las distintas propuestas, por el contrario, conduce únicamente a un desencuentro per-

manente y a unas líneas de investigación totalmente estériles.

Son diversos los aspectos que merecen una profunda revisión. Los apriorismos, ideológicos y de escuela, que, por ejemplo, reflejan etiquetados como suevo, visigodo, hispanovisigodo, paleocristiano, sirio, bizantino, mozárabe, muladí, paleoislámico, hispanoárabe, reconquista, repoblación, etc. deberían cuando menos ser reexaminados dada su polisemia actual. Como alternativa, quizá fuera preferible recurrir de momento a expresiones más neutras -antigüedad tardía, alta edad media, por ejemplo- o bien simplemente -y para dejar de lado etiquetados- hacer mención al siglo IV, al VI, primera mitad del VII, segunda mitad del VIII, etc. Ha habido no obstante, quien, como Luis Caballero, ha comenzado ya este proceso de revisión con nuevas propuestas conceptuales de aparición reciente.

Ante el hondo calado de las nuevas hipótesis interpretativas y el debate que ha surgido en este Simposium, parece imprescindible la diversificación de un instrumental heurístico que, tradicionalmente, ha sido de espectro muy restringido. Las fuentes textuales, el análisis del paisaje, la profundización en el contexto político, social y cultural de la época, nuevas herramientas como la arqueología de la arquitectura, etc. constituyen medios de un valor inestimable para dar luz a un contexto en el que la arquitectura analizada no es sino un componente más de un complejo entramado histórico. Aunque resulte obvio decirlo, historiadores en el sentido más amplio del término -y arqueólogos entre ellos- han de colaborar más estrechamente a fin de evitar erróneas interpretaciones debidas a esa falta de diálogo y a la incapacidad para interpretar aquellos datos que escapan a la formación específica de cada uno.

Esta necesidad de un enfoque pluridisciplinar resulta urgente habida cuenta que la realidad histórica que nos preocupa abarca un período de enorme amplitud que transcurre desde el siglo IV hasta, por lo

¹ Estas líneas, redactadas al hilo de las distintas intervenciones escuchadas en el Simposium, reflejan las impresiones de tres invitados que recibieron el encargo de elaborar unas conclusiones finales. Evidentemente no son unas conclusiones las que aquí se presentan, sino la suma de distintas reflexiones que tienen, como es obvio, una triple procedencia. Las ideas aquí expuestas son sustancialmente las mismas que se leyeron una vez terminada la reunión emeritense y fueron improvisadas, como queda dicho, al calor del debate.

menos, el siglo X y un ámbito geográfico tan extenso que va desde el mar Negro hasta el Atlántico y desde Britannia hasta la Tripolitania. Es comprensible, por tanto, que el objeto de estudio resulte de una complejidad extraordinaria, no siendo fácil establecer de forma convincente los diversos «canales de transmisión» o «influencias» defendidos en estas jornadas. De esta manera, por ejemplo, lo llamado paleocristiano, o bizantino justiniano, no puede explicarse exclusivamente como producto de unos posibles contactos artísticos o de una imposición militar, sino que es fruto de toda una serie de vías y contactos comerciales que darán lugar a unas manifestaciones comunes al occidente y oriente mediterráneos, con todos sus particularismos y especificidades.

La propuesta de una nueva hipótesis que introduce ascendientes islámicos para explicar la génesis de unos sistemas constructivos interpretados tradicionalmente en otros contextos cronológicos, ha supuesto una profunda convulsión historiográfica que debe de ser atendida -y no ignorada ni siquiera minimizada-. Debe ser atendida, sin embargo, con alternativas que planteen también, de manera clara, nuevas ideas que -bien profundizando en el paradigma tradicional, bien articulando uno nuevo- sean capaces de enriquecer el debate que tenemos entre manos.

Habrà quien enfatice la idea de que el substrato romano y todas las manifestaciones culturales que de época clásica tenemos en Hispania son las que configuraràn el mundo de la antigüedad tardía en la Península Ibérica insertándose dentro de unos cánones comunes a las diferentes provincias del Imperio. Por ejemplo la producción de pilastras ornamentales tan habituales en los edificios de los siglos VI y VII hispánicos serán comunes también en el Norte de África, particularmente en la Byzacena, Tripolitania y Cirenaica. Basta recordar únicamente los edificios públicos de Leptis Magna, con clarísimos precedentes en edificios como el mausoleo de los Atilios de época severiana. Se tratará de insistir, con ello, en el hecho de que el mundo romano es el que configurará un lenguaje arquitectónico y escultórico -por tanto decorativo y simbólico- que se concretará luego en la alta Edad Media. Ejemplos claros de esa continuidad los encontramos por tanto en Hispania, pero también en Irlanda, en Cerdeña, en Italia o en África.

Habrà también quien recuerde que quedan todavía por analizar en profundidad los vínculos entre la Península y el mundo franco. La permeabilidad de los Pirineos constituye una evidencia cada vez más indiscutible. Aceptada tradicionalmente para el período tardorromano, ha sido confirmada también para la época merovingia por las necrópolis de ámbito cispi-

renaico occidental investigadas recientemente. Las relaciones marítimas tanto de carácter comercial como diplomático o religioso maduran también en el tiempo (siglo VI) manteniéndose durante los siglos sucesivos. Para el período carolingio, las realidades de tipo histórico son conocidas de todos y no necesitan particular comentario. En este sentido, puede afirmarse que los canales de transmisión de procedencia continental no han recibido, quizá, la atención que se merecen, siendo su influencia indiscutible al menos en ciertas áreas septentrionales. El análisis de la arquitectura altomedieval, de los *corpora* epigráficos y de la gramática decorativa plasmada tanto en sarcófagos como en estelas de carácter funerario, reflejan la existencia de un ámbito circumpirenaico que comporta un substrato y unos horizontes culturales comunes.

Es en este sentido en el que defendemos la conveniencia de ampliar el campo de análisis de los «canales de transmisión». Algunos paralelos aducidos como los de la abadía de Sesto-al-Regghena, por ejemplo, no pueden ser tomados como elementos aislados, sino que forman parte de un conjunto de manifestaciones características de la Italia Septentrional en el siglo VIII. Sesto-al-Regghena, decíamos, no es sólo una pieza escultórica, sino un conjunto mucho más amplio de material en proceso de estudio actualmente, y que vertebrata toda la realidad de Sesto. Quizás se deberían tener también en cuenta todas las producciones de San Salvatore de Brescia, que se fechan también en el siglo VIII, con elementos prácticamente iguales en la Albenga de ese momento (no en la del siglo IV) prolongándose el repertorio de elementos escultóricos exactamente iguales hasta el Sur de la Galia con un importante taller en Narbona. Por la misma razón, tampoco deberían olvidarse producciones contemporáneas como pueden ser las piezas escultóricas de Metz, la completa cripta de Jouarre, o incluso el baptisterio de Poitiers, por sólo aducir algunos ejemplos.

Creemos que este u otro tipo de datos, y todo lo que de ellos pueda derivar, son también necesarios en el momento de intentar explicar las fragilidades cronológicas de la arquitectura y escultura hasta hoy considerada de época visigoda, puesto que estamos totalmente de acuerdo en que su adscripción cronológica podría ser más tardía de lo que se había propuesto hasta ahora.

La necesidad, antes aludida, de proceder a análisis interdisciplinares que enriquezcan el ejercicio de la construcción histórica, debe partir de cuestiones tan evidentes -e importantes- como la contrastación de lo que fue la evolución del paisaje rural frente al

paisaje urbano, y de las características particulares y especificidades de cada una de las regiones. Hemos visto claramente que no es lo mismo el levante mediterráneo peninsular que el interior de la meseta, y que tampoco evolucionan igual los ámbitos rurales de difícil comunicación que los núcleos urbanos -mucho más dinámicos y receptivos- aún a pesar de tener comportamientos semejantes.

Una dificultad derivada de una aplicación maximalista de la «nueva propuesta» en la interpretación de las manifestaciones plásticas andalusíes se encontraría a la hora de estudiar la reutilización de materiales preislámicos en la arquitectura; dicha reutilización no lo sería si esos materiales fuesen de época omeya. Debe existir un margen de tiempo razonable entre la fabricación de las piezas y su reutilización. Ese margen no se daría, desde luego, en la fase fundacional de la Mezquita Aljama de Córdoba, en donde la consciente, cuidadosamente programática y difícilmente rebatible reutilización no sería tal. Esto plantea un serio problema en cuanto a la propia concepción de los edificios y de la articulación de la tradición arquitectónica islámica en general y omeya andalusí en particular.

Por lo que respecta a las directrices para la investigación, es necesario ahondar en la cuestión de las perduraciones de lo preislámico en lo andalusí, uno de cuyos puntos de vista es el socioeconómico: es evidente la ruptura que supone la implantación del Estado omeya, de carácter fiscal, sobre el sistema señorial anterior y la pervivencia de una serie de linajes privilegiados y sus actividades bajo la égida de ese nuevo Estado, con las consiguientes contradicciones, que no serán superadas de forma efectiva hasta entrado el siglo X. En este sentido, la cuestión de las pervivencias materiales encuentra, en la «nueva propuesta», un obstáculo hermenéutico más que de planteamiento y solución de problemas.

En cuanto a las producciones de cristianos bajo dominio político islámico, ha de quedar claro que los llamados «mozárabes» -término que ya hemos señalado debe revisarse-, sólo pueden identificarse cuando presentan rasgos religiosos inequívocamente cristianos. No hay motivo alguno para considerar la «convivencia» de las llamadas «tres culturas» en al-Andalus (recordemos que lo judío apenas ha merecido mención alguna durante estos tres días). Por el contrario, lo que debemos considerar es la *cultura an-*

dalusí, que no es sino *cultura islámica* con una serie de peculiaridades pendientes aún, en cierta medida, de definición diacrónica y sincrónica. Hay que felicitarse, de paso, de que el desacertado término «hispanoárabe» y los no menos infelices topónimos «España musulmana» o «España árabe» estén ya en regresión entre los estudiosos.

La consideración de una supuesta cultura cristiana en al-Andalus ha llevado a hablar de «jarchas mozárabes» tenidas como tales por su plasmación (total o parcial) en romandalusí, cuando no hay en ellas ni un solo referente que permita identificar a sus autores y receptores como cristianos, y sí como musulmanes. Siendo así que tampoco tiene sentido asimilar una lengua, el romandalusí, a los seguidores de un credo determinado, pues las últimas investigaciones al respecto permiten afirmar que esa lengua debía ser empleada, activa o pasivamente, por todos los habitantes de al-Andalus, fuese cual fuere su religión. Este mismo prisma deformador es el que permitió en su día afirmar que al menos parte de los constructores de las dos últimas fases de la aljama cordobesa procedían de la mozarabía de la ciudad como conclusión del estudio de sus signos lapidarios.

En este sentido, sólo podemos hablar de *arquitectura cristiana andalusí* para referirnos a aquella en la que aparezcan inequívocos elementos religiosos cristianos y sepamos a ciencia cierta que fue producida en al-Andalus. No hay hoy por hoy, y fuera de ésta, seña de identidad alguna que permita determinar si un edificio fue hecho por o para cristianos. Otro tanto cabe decir del resto de las producciones materiales: por ejemplo, sólo la presencia de elementos religiosos, como puede ser un crismón, puede permitirnos hablar de un «nicho cristiano», que en última instancia habrá que referir a un contexto cultural andalusí.

Puede afirmarse, a modo de conclusión, que, gracias a las nuevas propuestas, se ha reafirmado una vez más la complejidad de la reconstrucción histórica y sobre todo la fragilidad de las cronologías que habitualmente venimos manejando. Es bien cierto que se impone la revisión de muchos aspectos de la antigüedad tardía y la alta edad media, revisión que requiere una renovación metodológica, una diversificación de nuestros instrumentos de investigación y, sobre todo, talantes abiertos permanentemente al diálogo.